

Menéndez Pelayo y la Cultura Europea del siglo XIX

DR. ARTURO BERENGUER CARISOMO

Profesor de Literatura Española

Fue un primer proyecto dar a este ensayo una extensión limitada a la cultura española. Pero la voz sugeridora de un viejo e inteligente amigo me tentó, con la mejor de las intenciones, a extender el radio de la investigación, diciéndome, con su acostumbrada ecuanimidad, que don Marcelino no era sólo una cumbre de la cultura española sino un hito, un señalero en el vasto plan de la cultura occidental europea del siglo XIX.

Se acrecían con ello las dificultades del método y se hacía ingente la bibliografía, pero ante figuras como las de Menéndez Pelayo, tan definitivas que invitan al elogio pueril y al ditirambo tópico, era un modo de evitar estos riesgos lanzarse, confiando en la bondad de Dios, a la tarea propuesta. Quede pues apuntada esta doble buena voluntad como recompensa a las posibles deficiencias en tema de tan vasto compromiso.

1. *Enervamiento*. — Cuando nace, en 1856, Marcelino Menéndez Pelayo, el criticismo kantiano y el idealismo absoluto de Hegel —alimento de toda la filosofía romántica— estaban en franca bancarrota. La aparición de las *Lecciones sobre la esencia de la religión* de Feuerbach (1848) señalan un segundo punto de arranque. La explicación físico-antropológica del fenómeno trascendental de la fe, precisamente en un antiguo discípulo de Hegel; su nominalismo recalibrante y la concepción naturalista del mundo dicen bien claro qué nuevas coordenadas iban a regir el pensamiento europeo durante la segunda mitad del siglo XIX. Galopaba impetuosa la cabalgata anunciada siempre por los quebrantos de una filosofía espiritualista: la destrucción de toda cosmogonía divina y providente, consumada en el incendio simbólico del Walhalla wagneriano —el texto de los poemas quedó concluso en 1852—; el pesimismo de toda filosofía vulgar, anunciando lejanamente (1819) en la por tanto tiempo inadvertida obra capital de Schopenhauer; el materialismo por último, solución extrema y radical, donde toda función del espíritu histórico quedaba reducida a economía: la izquierda hegeliana y el manifiesto de Marx-Engels de 1848; toda psicología aniquilada

en biología: Moleschott, Vogt, Büchner, entre 1857 y 1855; el papel integral del hombre en el tiempo limitado a un puro evolucionismo mecánico: Darwin (1859), Spencer (1862).

Resultaba así planteada la angustia de ese siglo decisivo —el xix— entre el espíritu y la materia, angustia de la que nuestro tiempo habría de ser tan trágico heredero.

Mas en los planes inescrutables de Dios nada se pierde para la marcha impasible de los hechos. De aquella triste y mezquina filosofía materialista iban a estallar, como la mariposa del gusano, los grandes avances científicos destinados a modificar en muy breve tiempo la articulación del devenir, de toda la vida del hombre.

2. *La erudición.* —Quedaremos sólo en el ámbito de las ciencias del espíritu. La historia, olvidando las coloridas descripciones románticas, avanza vertiginosamente con el gran hallazgo de fuentes intactas, apoyada en las técnicas espectaculares y revolucionarias de la Filosofía y la Arqueología. Sobre la base de la sistemática laboratorista, la crítica literaria deja de lado su orientación dogmaticohedonista —como tan acertadamente ha calificado mi maestro Carmelo Bonet al método crítico anterior a la segunda mitad del xix— para buscar un camino experimental y científico de enjuiciamiento, camino en el que el placer o repugnancia de quien juzga o su dogma estético —factores personales y singulares— tuvieran la menor gravitación posible. A los cuadros parciales, a las evocaciones sentimentales, a la historia tomado como materia plástica y sensible —Scott, Lamartine, Michelet, Manzoni, Mérimée— suceden los trabajos enciclopédicos, macizos monumentos de la investigación paciente y germánica, como la famosa *Römische Geschichte* de Mommsen, aparecida en 1854.

Se abría un mundo nuevo y excitante. No debe extrañar la euforia, la esperanza, la fe con que fueron recibidos estos primeros triunfos del positivismo. Se creía muerto para siempre el vicio y pesaroso fantasma romántico. ¡Canto nuevo al que servían de orquestación los golpes alegres sobre el yunque de Sigfrido!

3. *Maestros y disciplina.* —¡Pobre España en aquella conmovida hora europea al promediar el siglo pasado! Corroía sus entrañas el peor y más maligno de los tumores: el político. Toda su vida pública y privada se zarandeaba con las sacudidas de fracciones, guerrillas, pronunciamientos, en medio de un turbión de palabras elocuentes, sonoras, patrióticas, que golpeaban como batanes el lacerado cuerpo de la patria prometiendo toda la felicidad cada minuto más lejana, turbia y prevaricada.

Sufrían los estudios, como es natural, la misma suerte de marasmo y desesperación. Una isleta, con todo, mantenía cierto decoro universitario en medio de los encontronazos políticos y del imperio semioficial de la filosofía krausista de la que pronto volveremos a ocuparnos: la Universidad de Barcelona.

Allí fue a estudiar nuestro muchacho santanderino, en el año 1873. Eran los momentos de la abdicación de Amadeo, de la zozobrantera primera República,

del caos que siguió a su estrepitoso derrumbe. A pesar de todo, encontró allí maestros que supieron orientar su precoz genio juvenil: a Manuel Milá y Fontanals, figura típica de la época, tan desdichada y españolamente desconocida, quien con su rigor, su ciencia, su erudición notables, dejaba ya muy lejos los superficiales estudios literarios de un Revilla o un Cañete; a Francisco Javier Llórens, de quien aprendió los lineamientos hamiltonianos de la escuela escocesa: *aprendí —dice él mismo— lo que vale el testimonio de conciencia y conforme a qué leyes debe ser interpretado para que tenga los caracteres de parsimonia, integridad y armonía*; a Rubió y Ors, el gran restaurador de la multiscular y gloriosa literatura catalana. La Universidad condal, sin perder nada de su vieja tradición, era de las más puestas al día, de las más cercanas a las verdaderas corrientes del saber nuevo, erudito y científico, sin inficciones materialistas ni turbias divagaciones metafísicas zurcidas con los peores saldos hegelianos.

Educación clásica con ventanas al mundo renovado de aquella Europa estremecida por hallazgos demoledores.

Barcelona no roba a Menéndez Pelayo ni su catolicidad insobornable ni esteriliza con pedantería su sentido de belleza clásicamente aprehendida. Pero ese fervor clásico que allí le inspiran no era sólo educación tradicional, polvo de aulas escolásticas, era cosa mucho más honda y decisiva. Era la renovación moderna, erudita, del mundo antiguo al que recientes hallazgos e investigaciones ponían en el escorzo de una luz vibrante y original. Por eso, en sus *Estudios Poéticos* de 1878 —ya el título dice que sobre el noble impulso lírico gravita un severo pensamiento ordenador— coincide, aunque por vía distinta, con la escuela parnasiana, aquellos positivistas de la lírica tan sumisos a los triunfos de la filología, tan devotos y ortodoxos de la puerilidad arqueológica. Si bien aquella voluntad de clasicismo era para Menéndez Pelayo un medio y no una finalidad, como lo era para el Parnaso, en lo que coincidieron fue en el rigor de la técnica. El rebelde endecasílabo juvenil tan repetido:

En arte soy pagano hasta los huesos

debe tomarse, naturalmente, como una expresión de su fervorosa latinidad, pero, también, como un saludo a un clasicismo renovado, fiel y sin divagaciones románticas; un clasicismo sabio.

4. *Krausismo*.—Catolicidad y clasicismo eran las razones que muy pronto —veintidós años— debían enfrentarlo con la promoción de los krausistas. De toda aquella conmoción europea en el campo de la filosofía, España recibió la hijuela del krausismo. Tardía especulación hegeliana, más desarrollada en el campo eticojurídico que en la metafísica propiamente dicha —abstrusa y *desapacible*, el segundo adjetivo es de Menéndez Pelayo— fue importada al campo universitario español por Sanz del Río para obtener un éxito casi taurino de resonancia y divulgación.

Pero no nos engañemos: de la filosofía de Karl Christian Friederich Krause, pensador de la etapa más gloriosa del idealismo trascendental, muerto en 1837 y apenas divulgado en Europa, poco o nada quedó en el trasiego español.

Su sistema se redujo a límites modestísimos que se repetían mecánicamente a través de las versiones aproximadas del propio Sanz del Río o del eminente maestro Francisco Giner de los Ríos. El virus político español de la pasada centuria prendió en aquel planteo filosófico y, al envenenarlo, lo convirtió en un episodio más de determinada fracción militante; en este caso, la liberal anticatólica.

Como todo lo que siendo una cosa deja de serlo conservando, sin embargo, la apariencia, el krausismo sirvió para todo y justificó los equívocos y contradicciones más inverosímiles. Fueron, así, krausistas hombres tan dispares en sus gustos e ideas como Tomás Romero de Castilla, Francisco de Paula Canalejas o Nicolás Salmerón. Si el intento renovador krausista era legítimo en sus aspiraciones, y, ¡cómo negarlo!, dejó algunas semillas, tal la *Institución Libre de Enseñanza*, era, con todo, una filosofía postiza, enfrentada a la realidad española, sin arraigo metafísico profundo y, por añadidura, lección expuesta en un estilo revezado, eutrapélico, y sometida a la horma de lo que hoy suele llamarse: *línea de partido*.

Era evidente que la juvenil impaciencia de Menéndez Pelayo levantara banderas contra este menguado sistema. Es su primer combate contra una forma venida del idealismo hegeliano que, en su curioso avatar español, servía de vehículo a las más crudas ideas del materialismo imperante.

No es posible negar que la arremetida de don Marcelino es violenta y cruel, pero sostenida siempre con una formidable y aguda argumentación. Su ideal clásico de la belleza repugnaba la exposición abstrusa de los krausistas; el sentido de una educación fundada en sólidas raíces españolas invalidaba para el maestro una filosofía mezquinamente importada; por último, su nunca desmentida ponderación y tolerancia en lo referente a toda función libremente intelectual era lo que más le encrespaba frente a la pedantería del krausismo: *no los ataco*, dijo alguna vez, *por librepensadores sino porque nunca han pensado ni dejado pensar libremente, y son unos pedagogos insufribles*.

Clarísima es la doctrina de Menéndez Pelayo; católico a macha martillo, español, y cántabro, además, hasta el fondo del alma; de serena educación clásica, le resultaba imposible admitir como orientación didáctica para su patria un sistema equívocamente deísta, extranjero por añadidura y de tan desesperada estilística.

5. *La reacción*.—Sería fácil cargar la posición de un hombre de la calidad de Menéndez Pelayo en la cuenta harto saturada del oscurantismo español. Ello no resolvería, claro está, la paralela actitud de muchos otros hombres eminentes en la Europa de aquel tiempo.

Simétricamente a su triunfo, se dejarán sentir muy pronto las reacciones violentas contra el positivismo materialista; es la efímera victoria de toda posición sin trascendencia: el hombre es demasiado poca cosa para ser reducido a pura biología; su instinto le advierte enseguida la necesidad de un amparo más absoluto y providente.

La prédica religiosa de Julio Federico Stahl se produce dentro de la Iglesia evangélica entre 1850 y 1860; Jorge Federico Daumer escribía en 1858: *Es una miserable época. La cultura moderna ha perdido la vida y se ha hundido completamente en el polvo. Si no se quiere ser objeto de befa y desprecio, por defender cosas ideales y espirituales, no cabe sino pasarse a los católicos*, y se convirtió en 1859. Ocho años después lo hacía, asimismo, Federico Alberto Lange al publicar, en 1866, su *Historia del materialismo*, mientras el Sigfrido demoledor de los dioses de 1852 se transformaba en el místico Parsifal de 1879.

Menéndez Pelayo, por su propia tradición y disciplina, responde a esta otra gran corriente del pensamiento europeo: la que sin renunciar a las grandes conquistas de la ciencia, ambicionaba una filosofía menos estrecha, asfixiante y enquistada.

Pero su pensamiento así orientado adquiere una resonancia particularmente nacional. A ello responden las dos primeras grandes obras juveniles: *La ciencia española* (1876), en la que polemiza con los krausistas Azcárate y Revilla, con erudición bibliográfica impresionante —¡tenía veintidós años!— acerca de la realidad de un hacer científico español, y su compacta y celebrísima *Historia de los heterodoxos* (1880) asombroso modelo de defensa hispano-católica a la par apasionada, ecuaníme y luminosa.

Prolijo e inútil resultaría exponer aquí el pensamiento completo de Menéndez Pelayo en ambas obras. Recojamos sólo, como ejemplo, aquella insistente batalla por dar a España una filosofía propia y radicalmente española; aquella defensa del múltiple y sesudo Juan Luis Vives —en su hora tan propincuo a la heterodoxia— y cuyo clarividente “sentido común”, cuyo correcto materialismo tanto lo acercaban a la escuela escocesa, matriz metafísica de don Marcelino, forjada en la Universidad condal.

6. *Segunda época.*—Toda la crítica concerniente a Menéndez Pelayo —la de su eminente discípulo Menéndez Pidal, la de Laín Entralgo, la muy cautelosa y reticente de Dámaso Alonso, etc.— está conteste en afirmar cómo los *Heterodoxos* clausuraban en su vida una etapa polémica que sólo muy esporádicamente volvería a repetirse.

El propio maestro al enfrentarse, tres años después de publicar su defensa al ideal católico, con el monumento de las *Ideas Estéticas* afirmó era llegada la obra de las construcciones orgánicas y de cerrar el período de las discusiones si necesarias casi siempre estériles.

El planteo erudito y enciclopédico de la cultura europea durante los últimos treinta años del siglo pasado va a tener ahora un testimonio español, por mediación de Menéndez Pelayo, en el campo de la crítica y de la estética.

Ya hemos apuntado cómo esta crítica literaria cambió sus métodos de interpretación. El papel de Francia en este renuevo fue decisivo. Se debe a un romántico, a Saint Beuve, el comienzo del mismo: el estudio escrupuloso de la *biografía* para situar a un autor y su obra, si bien es romanticismo puro en su sentido último y anecdótico, era ya un intento de explicación lógica del fenó-

meno literario frente a la crítica puramente valorativa, y era, sobre todo, una voluntad de investigación sin divagaciones.

Alrededor de veinte años más tarde —la famosa *Histoire de la Littérature anglaise* apareció en 1863— la crítica positivista de Hipólito Taine hacía aún más concreta, más rigurosa, apremiante la necesidad de compulsar las fuentes, de precisar las causas vivas del acontecimiento estético. Hoy ha perdido todo crédito la ecuación medio biológico = obra de arte, con tan maravillosa dialéctica desarrollada por Taine, mas lo importante no es, en este caso, el resultado filosófico de aquélla cuanto el significado de ambición científica implícito en la misma.

El mismo que, ocho años después, tendría, por su afán enciclopédico, otro gran esfuerzo erudito del siglo XIX pensado bajo signos muy distintos: los de la historiografía romántica y el ideal nacional: *la Storia della letteratura italiana* de Francesco De Sanctis, completada definitivamente en 1871.

Paralelos y de idéntica naturaleza científico-erudita serán poco después, la explicación del fenómeno geo-histórico peninsular en la *Historia da Civilisaçao ibérica* de Oliveira Martins (1879); los estudios monográficos y evolucionistas de Brunetière (1880-1894); las agudas síntesis profundizadas de Benedetto Croce, a partir de 1893; los trabajos integrantes de la monumental *Historia de la literatura italiana* iniciada por la editorial Francesco Vallardi, en el año 1878.

He aquí en sumario esquema —podría detallarse hasta el infinito— la posición de la crítica literaria europea en la segunda mitad del siglo XIX: voluntad para dejar exhaustas las fuentes; potenciación de la obra dentro de un concepto objetivo y externo y no de una personal discriminación dogmática o hedónica; reunión en lienzos compactos y enciclopédicos previas investigaciones monográficas llevadas hasta el fondo de los hechos.

El afán de *saber* caracteriza esta etapa. Es la reacción contra el romanticismo deliberativo; contra las ideas preconcebidas, luego desarrolladas con brillo y pruebas "a posteriori"; el miedo a la divagación. Cualesquiera hayan sido los extravíos filosóficos, las fallas en las conclusiones propuestas, nadie podrá negar el avance concreto, la conquista de precisión legados por esta hora enérgica y fecunda del positivismo investigador del siglo XIX. Luego vendrían como reacción natural de fatiga, la crítica impresionista de Anatole France, las interpretaciones estéticas de Vossler y Pfändl, los escarceos y cuadros de Azorín, pero los datos estaban ya conseguidos, la semilla echada y al esfuerzo de los treinta primeros años del siglo XX sólo le quedaría una función de retoque y ajuste.

Nunca se decidió don Marcelino a escribir la historia orgánica y completa de la literatura española. Tal calidad tenían sus escrúpulos. Pero, en cambio, dejó aportados los materiales para hacerlo. Quizá veinte años más de vida —sabido es que murió en plena madurez— y aquellos vitrales, aquellos muros de peñascosa solidez, aquellas agujas gigantes hubiesen dado la más espléndida y gloriosa de las catedrales críticas.

Dichos materiales se agrupan en tres obras muy sabidas: la *Historia de las ideas estéticas en España* (1883-1891) que es, en realidad, un dilatado panora-

ma del proceso estético de occidente; la *Antología e historia de los poetas líricos castellanos* (1890-1908); y los *Orígenes de la novela* (1905-1910)¹.

Sería caer en el elogio pueril anunciado al comienzo de estas líneas, encarecer el valor erudito, histórico y literario de esta asombrosa labor. Lo único que ahora nos interesa es consignar cómo su método, su técnica, su resultado responden al mismo concepto de la crítica europea de aquella hora, señalado en este mismo parágrafo. Las rectificaciones al maestro no han podido ser sino de detalle. Lo hizo todo solo y heroicamente, definitivamente, a la par de los grandes eruditos de su generación y de su tiempo.

Y sin embargo...

7. *Pensamiento. - Cambio.* —Y, sin embargo, se le ha achacado a Menéndez Pelayo un defecto capital. Corre la acusación a cargo de las jóvenes generaciones españolas que iniciaron nuestro siglo: en esa obra enorme, han señalado, no hay un pensamiento original, un planteo; en suma, como hoy se diría, una *toma de posición*, frente al enigma de la creación literaria, frente al misterio estético.

En primer lugar, durante su segunda época creadora a Menéndez Pelayo le interesaba, por sobre todo, la reconstrucción de una historia, el despejar y poner en claro el lineamiento general de la misma y los numerosos puntos nebulosos que aun subsistían por falta de un empeño serio para estudiarla a fondo.

No era don Marcelino, esencialmente, un filósofo; era un historiador, un investigador paciente y formidable. Los hombres modernos acuciados por la desgastante angustia social y política contemporánea, no perdonan a quienes se desentienden de su problemática; a quienes no adoptan o no adoptaron una posición *comprometida* en un sentido o en otro. En éste, si algún día —¡cuán lejano!— la inquietud se disipa y el mundo se enquicia, uno de los males vitando de nuestra hora que habrán de corregirse con más apremiante urgencia.

Pero, en segundo lugar, ¿está tan huérfana la obra crítica de Menéndez Pelayo de una problemática, de un pensamiento rector?; ¿se hubiera desconocido tan aviesamente si éste hubiese coincidido con las fórmulas del liberalismo internacional?, ¿si no hubiese sido tan radical y profundamente español?

Tres ideas centrales, como tres pilares maestros, sostienen aquel ingente trabajo de maravillosa erudición acumulativa: su catolicidad irrenunciable y militante —¿no fue ésta, acaso, la última posición espiritualista de Brunetière?—; su sentimiento clásico-horaciano de la belleza —¿no fue éste, por otro camino, el plan de los parnasianos y de sus herederos los modernistas revolucionarios?— su aspiración a un auténtico nacionalismo metafísico y estético, que era, al fin de cuentas, la aspiración de toda la crítica europea posterior al ideario romántico.

Pero este cimientito granítico no impide que el sabio santanderino vaya penetrando nuevos problemas y poniendo al día constantemente sus juicios. En

¹ No menos importancia tienen: la colección monográfica de *Estudios de crítica literaria* (1894-1908) y su *Historia de la poesía hispanoamericana desde sus orígenes hasta 1802*, cuyo último volumen apareció en 1913.

personalidad de genio tan prematuro y de alcances definidos tan veloces no puede extrañar que estas rectificaciones se produjeran en plazos brevísimos. Para figuras como las de don Marcelino no cuentan las etapas biológicas normales de los hombres corrientes.

En un circunstancial libro de Dámaso Alonso sobre *Menéndez Pelayo crítico literario* se documentan aquellos cambios del maestro insigne. Tiene el libro del ilustre profesor y académico un subtítulo solapado y malicioso a cuyo tenor responde todo el contenido del breve volumen: *Las palinodias de Don Marcelino*². Ciertamente que "strictu sensu": palinodia cantar de nuevo es, sencillamente, reconocer públicamente los yerros, pero hartó sabe el filólogo Dámaso Alonso como las palabras en su uso corriente se cargan de una significación psicológica mucho más operante que la escueta de su etimología. *Cantar la palinodia* es, en el uso vivo de la lengua, reconocer con cierta mezquindad el error cometido por ligereza o, peor aun, con equívoca finalidad.

En el centenar de páginas del volumen, Alonso se empeña —es de buen adversario reconocerlo— en borrar la impresión de aquel cazurro subtítulo, pero, entre líneas, queda siempre flotando esta doctrina curiosísima: pareciera como si al expositor le indignara, más aun, considerara casi como falta de probidad intelectual aquellos cambios en los juicios de Menéndez Pelayo, o, en su defecto, no encontrara forma de justificar ciertos otros a los cuales permaneció firmemente adherido durante toda su vida. Algunas frases relativas a la excesiva juventud del maestro o a la cantidad de sus lecturas, ponen una tímida explicación a lo que, sin remedio, ya ha calificado como "palinodias".

¿Cuáles son éstas en conclusión? Primera: el reconocimiento de la cultura alemana y, especialmente, del valor lírico de Heine. La enemiga de Menéndez Pelayo contra el pangermanismo intelectual del siglo XIX no era tanto una consecuencia de su ideal clásico de la poesía cuanto, ahora sí, una toma de posición en materia filosófica y casi confesional; era, en suma, un ariete más contra el krausismo y los krausistas. Por eso, más que la *Epístola a Horacio*, que el *Utillogo* del Horacio en España, la clave de esta actitud, rigurosamente juvenil, está en el famoso brindis del Retiro y en su imprevisible arremetida contra Calderón. Toda polémica lleva consigo el pecado de la intemperancia. La segunda época de su vida —al decantar ardores y pasiones— debía, naturalmente, llevarlo al reconocimiento de una poesía, un arte, una filosofía, una cultura, en suma, de gravitación tan enérgica en el pensamiento occidental como fue la alemana del siglo XIX. Lo inadmisible hubiera sido no reconocerla nunca. La rectificación no fue un cambio de frente ni un "mea culpa" aterido y tembloroso, no, fue, sencillamente, deponer las armas para entrar en el terreno de la investigación pura donde deben callar las voces del combate. ¡Díganlo sino aquellas páginas maravillosas sobre los sistemas kantianos y hegelianos que abren el último tomo de las *Ideas estéticas*!

La segunda: el reconocimiento tardío del valor de la poesía popular. Un

² Ed. Gredos (Madrid, 1956) en la colección de la "Biblioteca Románica Hispánica", dirigida por el propio Alonso.

fragmento del *Horacio en España* sirve a Alonso de piedra de toque: *Cese en nuestros vates esa manía de las coplas, de los cantares y de las seguidillas. Si son populares no son buenos; si son buenos, no son populares.* El texto es de 1877. ¿Contra quién iba tan sajante proposición?; ¿contra esa auténtica poesía popular de los odres viejos aun no gustada por el maestro o contra esa manía pseudo-popular de tantos poetas y poetillas de su tiempo?; ¿no hay, acaso, una variante más de su inquina contra los seguidores de Heine y, especialmente, contra Bécquer y los becquerianos?; es evidente que juega aquí, más que en ninguna otra parte, su ideal clásico de la belleza literaria, su devoción horaciana, pero este férreo principio estético —a no mediar una causa de guerra— no era incompatible con la degustación de toda la vieja poesía popular. Nuevamente, al deponer las armas y penetrar, desprejuiciado y generoso, en las entrañas literarias de su patria llega la afirmación contraria. Decir *contraria* es solamente un modo de decir: lo que Menéndez Pelayo exalta es el genio *tradicional* de aquella literatura; son sus jugos centenarios que por misteriosas raíces y caminos llegan a alimentar, a vigorizar las creaciones maestras del genio peninsular, y esta poesía centenaria era popular por anónima pero artística por su calidad auténtica, legítima, no así aquella otra que, en mérito a una fingida popularidad, era sólo remedo y componenda. ¿Qué diría el juicioso criterio de don Marcelino si debiera enfrentarse con toda esa literatura pseudo-folklórica que hoy enerva de mal gusto tantos sectores de la lírica y la música?

La tercera *palinodia*, según la nomenclatura de Alonso, sería el reconocimiento de *lo feo* como materia de arte, pero, en este caso, no hay tal antinomia. Menéndez Pelayo se limitó a reconocer, al historiar las ideas estéticas, que la *fealdad* era un ingrediente de la obra de arte pero no su finalidad como no lo es, tampoco, la doctrina moral o la aspiración científica; los textos son interversables: su *fin inmediato* (se refiere al arte) *no es otro que la producción de la belleza, y con producirla se cumple*; el otro: *considerar la belleza como único objeto del arte es error capitalísimo, del que Víctor Hugo se salvó por instinto y Hegel por rigor dialéctico*³, y debía añadir: siempre y cuando esa fealdad no constituya su finalidad inmediata, y se limite a ser sólo materia. No podía ignorar este principio, aun en su más horaciana juventud, quien conocía tan a fondo la literatura clásica y había firmado su tesis doctoral de 1875 sobre *La novela entre los latinos*.

La cuarta —tercera en el orden de Dámaso Alonso— no es tal: la negación del barroquismo. Durante toda su vida el insobornable crítico mantuvo su horror al culteranismo supremo y exasperado; concretamente: al culteranismo de Góngora. Es lo que entristece y casi pone en trance de desatino precisamente a quien ha sido el más elocuente y escrupuloso exégeta del gran lírico cordobés. Pero Alonso no quiere reconocer que hay tiempos y tiempos para el descubrimiento de ciertas posiciones estéticas. Es verdad: la irreductible condena de Menéndez Pelayo anuló por mucho tiempo una aprehensión a fondo de la poética gongoriana, mas, también es cierto, el análisis del barroco, su condición

³ El subrayado es nuestro.

histórica, su naturaleza, su función artística es fenómeno comprendido y puesto al día hace relativamente muy poco, hace apenas cuarenta años, y como una consecuencia de las conmociones de sensibilidad que precedieron y siguieron a la primera gran guerra; el libro esclarecedor de Wölfflin, por ejemplo, *Kunstgeschichtliche Grundbegriffe* lleva, en su primera edición de Múnaco, la fecha de 1915. Los lamentos de Dámaso Alonso son legítimos como una estricta posición personal: duele que los grandes maestros no compartan, a veces, nuestras preferencias; no lo son tanto si con ellos ha pretendido poner un reparo objetivo o técnico al pensamiento de Menéndez Pelayo.

Total: cuatro *palinodias* —¡casi nada!— de las cuales, una no existe y otra está planteada como falsa antinomia. Dos, en resumen, que corresponde a dos épocas, combativa la una y de investigación la otra, en la evolución doctrinaria del genial santanderino. La verdad, no es mucho.

Pero es, todavía, bastante menos si esos detalles —¡asombra pensar se haya escrito un libro ambiciosamente titulado *Menéndez Pelayo crítico literario* para tan magro y sesgado contenido!— si esos detalles, decíamos, se ponen a la par de la obra integral del polígrafo, la única, solitaria como una montaña repentina en el desierto, que incorporó la crítica española a las grandes corrientes eruditas y enciclopédicas del siglo XIX europeo bajo las triples banderas llameantes del catolicismo como raíz invulnerable, la consigna de una educación clásica y la necesidad imperiosa de un pensamiento esencialmente nacional.

8. *Influjos decisivos*.—Pero hay, todavía algo más importante: no fue sólo Menéndez Pelayo el par español de otros hombres eminentes en la Europa de su tiempo; fue el maestro indiscutido de una restauración hispanista surgida por todo el ámbito de la cultura occidental durante el último tercio del siglo pasado y los primeros veinte años del presente.

No un hispanismo convulso y deslumbrado como fue de los románticos alemanes a fines del siglo XVIII o un hispanismo de enamoramiento viajero como el de Víctor Hugo o el de Washington Irving; o aislado y esporádico como el de Ticknor; no un hispanismo constante, fervoroso y erudito que sumó aportes de valor precioso a la propia labor, en un tiempo solitaria y heroica, del sabio montañés.

Contamos hoy, afortunadamente, gracias a la labor paciente, devota y meritísima de Enrique Sánchez Reyes —que fuera director de la Biblioteca del polígrafo y de las publicaciones de la “Sociedad Menéndez Pelayo” de Santander— con los Epistolarios del maestro. La correspondencia de don Marcelino, escrupulosa y erudita como todo lo suyo, deslumbra por cantidad y calidad; ellas nos permite alcanzar ahora cuánto deben a su saber, diligencia y atención hombres de Italia como Arturo Farinelli el cual, a su vez, le ha dedicado páginas conmovidas.

Conocemos el decisivo influjo ejercido sobre la pléyade moderna francesa de Alfredo Morel Fatio —uno de los fundadores del *Bulletin Hispanique*— especialmente en sus monográficos “*Etudes sur l’Espagne*”, aparecidos entre 1888 y 1904; de Camilo Pitolet, quien le llama siempre *venerado maestro*, y aun de

los más apartadizos como Raymundo Foulché Delbosch, Enrique Mérimée o Ernesto Martinenche.

En estrecha relación de recíprocas influencias estuvo con Carolina Guillermina Michaelis de Vasconcelos, aquella sabia germana aclimatada en Portugal para gloria de la crítica peninsular, y con toda la ilustre escuela de Coimbra.

Parecería ocioso señalar el firme plantel que dejó afincado para siempre entre los discípulos de su propia tierra.

Figura radicalmente española, Menéndez Pelayo es también vigía del pensamiento europeo. No es ocioso apuntarlo. Otro episodio más del morbo político español del siglo XIX fue enclaustrar su cultura en una especie de provincialismo somnoliento; reducirla de grado o por fuerza a sus límites geográficos. Nada español valía como hecho occidental. Último rastro mísero de aquella desdicha es que, todavía, en los carteles de propaganda turística, España quede siempre consignada por un traje de luces o, cuando más, por el hábito anónimo de un fraile mendicante.

Don Marcelino señaló a la Europa anglofrancesa de la era victoriana y la orgullosa Tercera República cómo, aunque los Pirineos, había algo más, mucho más, que bandoleros serranos o majas del Lavapiés.

9. *Pasado y presente.*—Para concluir, si se ha aceptado —¡y cómo no aceptarlo!— fue don Marcelino un prodigio de erudición y trabajo, se le ha criticado una supuesta reticencia, más que reticencia, casi impermeabilidad para todo el fenómeno estético contemporáneo de su tiempo.

La famosa frase del Bibliotecario de la Central de Madrid: *yo vivo entre muertos*, se consideró casi un insulto para la juvenil generación que, después del 98, buscaba galvanizar una España nueva y fecunda.

No vieron —otra vez la polvareda del combate— cómo esa frase era la angustiosa expresión de un solitario que trabajaba día y noche, benedictinamente, para dar a la cultura de su patria el sólido cimiento de una verdad espiritual sin la cual no ay revolución ni evolución legítimas posibles.

Lo curioso del caso es que, contrariamente a aquella afirmación, puesto a examinar a fondo la bibliografía del infatigable constructor se encuentra que fue mucho el espacio dedicado por don Marcelino a los hombres y hechos literarios de su hora.

Por lo pronto, a sus compatriotas: larga sería la lista y tan enojoso como inútil repetirla, pero sí conviene destacar dos o tres casos: no es de extrañar, verbigracia, su devoción por Pereda de quien era comprovinciano y a quien lo ligaban tan recios vínculos espirituales, pero, para hombres situados en las antípodas de su sistema, si éstos eran honrados consigo mismos y, sobre todo, españoles de verdad tuvo palabras definitivas. ¿Han podido modificarse sus juicios sobre Pérez Galdós, sobre Núñez de Arce?

Se ha dicho —y lo repite Dámaso Alonso— tuvo para el simbolismo francés, la escuela literaria más agresiva de su época, una renitente incompreensión. Alonso llega a decir, manejando un silogismo muy frágil, que esa actitud pone una barrera infranqueable entre la juventud española de su generación (lejana

heredera de los simbolistas), y Don Marcelino, como si éste, a más de todo lo que hizo, hubiese debido, también, ser adivino, y como si ciertas posiciones estéticas debieran determinar, en el campo de la especulación pura, una enemistad como la ocasionada por obstinaciones de política o partido. ¡Qué español es eso pero qué poco sensato en el campo del espíritu!

Y, con todo, ¡si que era adivino Menéndez Pelayo! Lo grave en materia de investigación crítica es ignorar un tema o fingir deliberadamente que se ignora, no el juzgarlo de ésta o aquella manera, puesto que en su lógica no rigen, desgraciadamente, leyes objetivas. El maestro conocía bien la problemática de su tiempo; si no alcanzó a estudiar de modo específico a los simbolistas propiamente dichos fue porque ello no entraba dentro de sus preferencias, pero, en el último volumen de las *Ideas Estéticas* (1891) hay unas páginas sobre Teophile Gautier finamente sugeridoras: son aquellas en que teme la *confusión*. Al hablar de la tendencia pictórica del poeta de *Emaux et Camées* dice textualmente: *nada hay que indique tanto la decadencia y próxima ruína de una literatura como estas invasiones de unas artes en otras. Si la poesía no es arte de sentimiento, ¿para qué sirve la poesía?* Lo que preveía con magistral clarividencia, era, concretamente, la enorme dosis de intelectualismo que comenzaba a anubarrar el cielo de la lírica europea; relámpagos amenazantes que descargaron su brutal tormenta y desconcierto en la poesía de estos últimos cincuenta años, en la cual, si ha habido, como siempre, poetas de auténtica legitimidad, ¡cuánta quincalla de contrabando se ha introducido, con visos de legítima, al socaire de un intelectualismo conceptista y frío, sustituto de los verdaderos y dramáticos impulsos líricos!

Por otra parte, quien lo frecuentó en sus últimos días pudo recoger de sus labios —la obra monumental quedó trunca al morir a los cincuenta y seis años— noticias y juicios sobre hombres muy recientes: sobre Rubén Darío, sin ir más lejos, a quien admiraba por revolucionario y por castizo⁴; sobre Verlaine, Pascoli, Maeterlinck, etc. En este sentido, quizá el más aleccionador de sus vaticinios, la más admirable de sus intuiciones modernas sea su convicción del valer de Don Miguel de Unamuno. Era aun muy joven el futuro Rector de Salamanca cuando D. Marcelino le cedió la palabra al redactar las hojas finales de la parte argentina en aquella densa "*Antología e historia de la poesía hispanoamericana*"⁵.

10. *Para concluir*.—Hemos tratado de presentar al gran polígrafo santanderino como una expresión potente de la mentalidad europea en la segunda mitad del siglo XIX. Sin menoscabo de lo que cumple: el panegírico a su me-

⁴ Léase, por ejemplo, el concluyente e interesante artículo de José León Pagano: *Don Marcelino Menéndez Pelayo en mis recuerdos*, aparecido en "La Nación" del 17 de julio de 1956.

⁵ A fuer de ser justos, es posible que Menéndez Pelayo, en su férrea clasicidad, no intuyera con suficiente flexibilidad ese nuevo encaste objetivo y sensorial de la poesía lírica, luego tan fecundo, pero ello no puede acreditar una crítica a una supuesta mala voluntad o empeño deliberado de ignorancia. Era, sencillamente, un modo de ver de acuerdo a su naturaleza y su educación tan legítimo como cualquier otro.

moria gloriosa, algo más, y por cierto caro al espíritu del maestro, va implicado en nuestro empeño: colocar a España, a la eterna *calumniada* —¡qué caros se pagan el poder y el brillo áureo de dos siglos!— en la paridad que le corresponde dentro de aquella hora sabia y erudita del siglo anterior.

Menéndez Pelayo, si está solo, o casi solo, en el campo de la investigación literaria, no lo está en otras actividades del pensamiento español; a su generación pertenecen biólogos, como Ramón y Cajal; bacteriólogos, como Ferrán; cirujanos, como Ribera, o fisiólogos, como Gómez Ocaña; arabistas sapientísimos del cuño de Julián Ribera o figuras tan señeras como el poeta Manuel Reina —un previsor del modernismo— o el erudito historiador del Greco, Manuel B. Cossío.

Esta generación, trabajadora, silenciosa, ejemplar, prepara el advenimiento rutilante “del 98”. ¡Qué mal hicieron, cegados por su iconoclasia, los modernos jóvenes del tiempo de la nueva “fe en España” al mezclar en su diatriba charlatanes de feria con estos hombres gloriosos tan puestos religiosamente al servicio de la causa española!

Pero el *católico a macha martillo*, el clásico moderno, el español de cántabras raíces ahí está con su obra inmovible, y está por que, además, aquella obra no es sólo la acumulación asombrosa de un inigualado saber; es, por sobre todo, un milagro de síntesis, un cuerpo ardiente donde la historia, la erudición, la crítica se transforman en la aventura cálida y vital de la poesía; es, por sobre cualquier otro valor, una obra de arte.

Que ese acto supremo de saber y crear sólo le es dado realizarlo, cuando Dios lo quiere, a la mano providencial del genio.



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR